

cuarto abierta, la que da sobre la huerta. . Si el lunes, á las siete de la noche, no encuentro abierta la ventana, el martes todos seréis detenidos y volveré para coger el chicuelo... Hasta la vista Silvina.

Se marchó tranquilamente y ella se quedó en el mismo sitio, con la cabeza trastornada por ideas tan tremendas, que parecía atontada. Y durante todo el día sostuvo una lucha continua en su interior. Primero tuvo el pensamiento de escapar con su hijo á cualquiera parte; pero el temor de que al llegar la noche no sabría dónde acostarle y dónde darle de comer, la contuvo, sin tener en cuenta que los prusianos que guardaban los caminos, la detendrían y la devolverían á Goliath. Después tuvo intención de hablar á Juan, de prevenir á Próspero y al señor Fouchard, y de nuevo dudó, no tenía seguridad absoluta, para no temer que la sacrificaran para tranquilidad de todos. No, no, nada diría del peligro que la amenazaba y procuraría librarse de él sola, puesto que era la única que lo había querido. No sabía qué partido tomar, su honradez se sublevaba y no se perdonaría nunca si por su causa sucedían desgracias á tantas personas, á Juan sobre todo, que tanto quería á Charlot.

Pasaron las horas, pasó el día siguiente sin que hubiese encontrado una solución. Trabajaba como de costumbre en sus quehaceres, barría la casa, cuidaba de las vacas, hacía la comida. Y encerrada en un silencio completo, un silencio horrible, solo seguía aumentando su odio contra Goliath. Era su pecado. Sin él, hubiera aguardado á Honorato y Honorato viviría y sería feliz. Recordaba el tono con que había dicho que era el amo. Y era verdad; ya no había jueces á quien dirigirse; la fuerza era la única razón. ¡Ah! ¡si fuese la más fuerte y al venir él le cogía! Sólo alentaba en ella el amor á su hijo. Aquel padre del azar no había entrado nunca

en su corazón. No era su esposa y sentía hacia él una repulsión inmensa. Antes que entregarle Charlot le hubiera matado y ella se mataría después. Y ya se lo había dicho; aquel niño que le había dado como un regalo de odio, hubiera querido que fuese grande, capaz de defenderla y le veía más tarde llevando un fusil, agujereándoles la piel. ¡Ah, sí! ¡Un francés más, un francés más para matar prusianos!

No quedaba más que un día y tenía que decidirse. Desde el primer momento tuvo una idea que la trastornaba: avisar á los voluntarios, á Sambuc. Pero había tratado de rechazar esa idea; aquel hombre, después de todo, era el padre de su hijo y no podía hacerle asesinar. Después, el mismo pensamiento volvió á apoderarse de su espíritu y se imponía por la fuerza de las circunstancias. Si Goliath moría, Juan, Próspero y el señor Fouchard nada tenían que temer y ella se quedaría con Charlot, que nadie podría quitarla. Y subía del fondo de su corazón la necesidad de acabar, de borrar aquella paternidad suprimiendo al padre, era una alegría salvaje, sería madre y único dueño de su hijo. Durante el día aquel pensamiento la hostigaba, sin fuerzas para rechazarlo, llegando hasta preparar la emboscada, combinando los detalles. Era el único pensamiento que pudiera librarla de sus torturas, cuando empezó á obrar, á obedecer á aquella inspiración, á aquella fatalidad inevitable, como en un sueño.

El domingo, el señor Fouchard, intranquilo, había manifestado á los voluntarios que les llevarían el pan á las canteras de Boisville, á unos dos kilómetros y como Próspero no pudo ir, fué Silvina con la carretilla á llevárselo.

¿No era la casualidad quien decidía lo que había de ocurrir? Vió en aquello un decreto del destino,



habló, dió cita á Sambuc para la noche siguiente muy tranquila, como si no hubiese podido evitarlo. Al día siguiente hubo señales de que las cosas y las gentes quería que se consumara el atentado. Primero, el señor Fouchard fué llamado á Raucourt, dejando prevenido que cenaran sin él, pues no regresaría hasta las ocho de la noche. Después, Enriqueta, que no tenía que velar en la ambulancia hasta el martes, recibió aviso de ir el lunes por la noche. Y como Juan no salía de su cuarto, no quedaba más que Próspero, cuya intervención se podía temer, pues no era partidario de matar á un hombre entre varios y cuando vió llegar á su hermano con los dos hombres, el disgusto que éstos le inspiraron se aumentó con el odio que tenía á los prusianos. Prefirió acostarse para no ver ni oír.

Eran las siete menos cuarto y Charlot no quería dormirse. En cuanto cenaba se quedaba dormido sobre la mesa, pero aquella noche no tenía sueño.

—Vamos, duerme, decía Silvina echándole en la cama de Enriqueta, ¡ya ves que es una cama muy buena para dormir!

Pero el niño, precisamente en aquella cama tan buena no quería dormir, quería jugar, se reía.

—¡No, no, quédate conmigo, mamá, juega conmigo!

—Duerme, hijo mío, decía ella, sé bueno.

Y el niño acabó por dormirse, con la sonrisa en los labios. No le había desnudado, le tapó y se fué sin cerrar el cuarto con llave, pues tenía un sueño muy pesado.

Nunca se había visto Silvina tan tranquila. Se movía con una ligereza de movimientos maravillosa, obrando bajo el impulso de otro sér á quien no conocía. Había introducido á Sambuc, con Cabasse y Ducat, recomendándoles gran prudencia y los llevó á su cuarto, los colocó á derecha é izquierda de la ventana que quedó abierta á pesar del frío

que hacía. Las tinieblas eran muy intensas, solo el reflejo de la nieve iluminaba un poco la estancia. De la campiña venía un silencio de muerte, pasaron minutos interminables. Al oír un ruido de pasos, Silvina se fué á la cocina, donde se quedó sentada, inmóvil, con los ojos fijos en la luz.

Goliath rondó alrededor de la casería antes de arriesgarse. Creía conocer á Silvina y sólo había ido con su revólver. Pero un presentimiento le prevenía, abrió del todo la ventana, asomó la cabeza llamanda en voz baja:

—¡Silvina, Silvina!

Puesto que estaba abierta la ventana era que había reflexionado y que consentía. Esto le alegró mucho aunque hubiese preferido verla allí. Sin duda el señor Fouchard le habría llamado. Alzó la voz un poco más.

—¡Silvina, Silvina!

Nadie contestaba. Saltó el poyo de la ventana, entró con intención de meterse en la cama para aguardarla, pues hacía mucho frío.

De pronto hubo un ruido espantoso, voces, juramentos. Sambuc y sus dos acólitos se abían hechado sobre él y á pesar de ser tres, no lograban sujetar al coloso, cuyas fuerzas duplicaba el peligro. Se oían crujir huesos en la oscuridad. El revólver se había caído. Una voz, la de Cabasse, pidió las cuerdas, mientras que Ducat pasaba éstas á Sambuc. Llevaron á cabo la operación de atarle brutalmente, á puñetazos, á patadas. Primero le ataron las piernas, después los brazos, todo el cuerpo luego, con tal lujo de nudos, que parecía estar dentro de una red. Continuaba gritando y Ducat le decía que callara. Los gritos cesaron, porque Ducat le ató un pañuelo azul tapándole la boca. Se lo llevaron á la cocina, lo echaron sobre la mesa como un paquete al lado de la vela.

—¡Vaya con este cochino prusiano! ¡pues no nos



ha dado poco trabajo!... Oiga usted, Silvina, traiga usted otra vela para que le veamos bien.

Silvina se levantó, no pronunció una palabra, encendió la vela y fué á colocarla al otro lado de la cabeza de Goliath, que apareció iluminada la cara como entre dos cirios y sus miradas se cruzaron en aquel momento: la suplicaba asustado, pero ella hizo como que no le entendía y fué apoyarse contra la alacena.

—Este bandido me ha comido medio dedo, dijo Cabasse, cuya mano estaba ensangrentada. ¡Tengo que romperle algo!

Se levantó armado con el revólver, pero Sambuc le desarmó.

—No, no hagamos tonterías!... Nosotros no somos bandidos, somos jueces... Oyes tú, prusiano infame, vamos á juzgarte y no tengas cuidado, respetamos el derecho de defensa... Tú no te defenderás, porque si te quitásemos el bozal nos aturdirías. Pero te daré un buen abogado.

Fué á buscar tres sillas, las colocó en fila formando lo que él llamaba el tribunal. Se sentó en el centro teniendo á derecha é izquierda á sus satélites. Los otros se sentaron también. Después el presidente se levantó, empezó á hablar con voz guasona que poco á poco fué haciéndose grave.

—Yo soy presidente y acusador fiscal á la vez. No es muy correcto, pero no somos aquí bastante gente... Te acuso de haber venido á Francia á espionarnos, pagando así con la más negra traición el pan que has comido en nuestras mesas. Porque tú eres la causa principal del desastre, tú eres el traidor que después del combate de Nouart has guiado á los bávaros hasta Beaumont, durante la noche, por los bosques de Dieulet. Era necesario que fuese un hombre que hubiese habitado mucho tiempo el país, para conocer todos los senderos; y nuestra convicción es completa, te han visto guiar la arti-

llería por caminos imposibles donde han tenido que enganchar ocho caballos á cada cañón. Cuando se vuelven á ver esos caminos es cosa que parece imposible, la gente se pregunta cómo ha podido pasar por allí un cuerpo de ejército... Sin tí, sin tu crimen, si no te hubieses instalado en nuestra casa para vendernos, no se hubiera realizado la sorpresa de Beaumont y no hubiéramos ido á Sedan y acaso hubiéramos podido destrozarnos... Y no hablo del asqueroso oficio que continuas haciendo, de la osadía que has tenido al presentarte aquí, triunfando, denunciando y amedrentando á las pobres gentes... Eres el más infame de los canallas, pido para tí la pena de muerte.

Reinó silencio. Se había sentado y añadió por último:

—Nombro de oficio abogado defensor á Ducat... Ha sido escribano y hubiera podido llegar muy lejos, sin sus pasiones feas. Ya ves que somos amables, no te negamos nada.

Goliath, que no podía mover un dedo, volvió los ojos hacia su defensor improvisado. Sólo sus ojos estaban vivos y suplicaban, bajo la lívida frente de la que la angustia hacer caer gotas de sudor á pesar del frío.

—Señores, dijo Ducat levantándose; mi cliente es en efecto el más infame de los canallas, y no aceptaría su defensa si no tuviese que hacer notar para excusarle, que en su país todos son así... Mírenle ustedes, ya ven ustedes que esto le extraña mucho. No comprende su crimen. En Francia no tocamos nuestros espías más que con pinzas, mientras que allá el espionaje es una carrera muy honrosa, una manera muy meritoria de servir á su país... Me permitiré decir que acaso tengan razón. Nuestros nobles sentimientos nos honran, pero lo malo es que nos han hecho derrotar. Si puedo expresarme así,



*quos vult perdere Jupiter dementat...* Vosotros apreciaréis, señores.

Y se sentó, mientras que Sambuc añadía:

—Y tú, Cabasse, ¿no tienes que decir nada en pro ó en contra del procesado?

—Tengo que decir que estos son muchos cuentos para ajustarle las cuentas á ese canalla... He tenido que aguantar muchas cosas durante la vida; pero no me gusta que se tomen á broma las cosas de la justicia, eso trae la desgracia... ¡A muerte, á muerte!

Sambuc se puso en pie solemnemente.

—¿Esa es vuestra sentencia?... ¿A muerte?

—¡Sí, sí, á muerte!

Separaron las sillas, se acercó á Goliath diciéndole:

—No eres soldado, eres un espía. Vas á morir como lo que eres.

Las dos velas ardían, con la mecha alta, como si fueran cirios, á derecha é izquierda de Goliath, que temía el rostro descompuesto. Hacía tales esfuerzos para pedir perdón, que el pañuelo azul que le tapaba la boca estaba lleno de espuma; y era espantoso ver aquel hombre reducido al silencio, mudo como un cadáver, que iba á morir con aquella oleada de explicaciones y de ruegos en la garganta.

Cabasse preparaba el revólver.

—¿Hay que saltarle la tapa de los sesos?—preguntó.

—No, no,—dijo Sambuc,—sería demasiado honor.

Y volviéndose hacia Goliath añadió:

—No eres soldado, no mereces morir de un balazo en la cabeza... ¡No, vas á morir como lo que eres, como un espía cochino!

Se volvió y pidió con mucha finura:

—Silvina, quisiera que me diese usted un cubo. Durante la escena del juicio, Silvina no se habla

movido. Aguardaba rígida, sin darse cuenta, embriagada con el pensamiento fijo que la perseguía hacía dos días. Y cuando la pidieron el cubo, obedeció y desapareció para ir á buscarlo.

—Póngale usted ahí debajo, en el borde de la mesa.

Lo dejó allí y al levantarse, sus miradas se cruzaron con las de Goliath, y las de este miserable suplicaban por última vez el perdón. Pero en aquel momento nada quedaba de la mujer, nada más que el deseo de verle muerto para quedar libre. Retrocedió hasta la alacena y se quedó allí.

Sambuc abrió el cajón de la mesa y sacó un cuchillo de cocina.

—Puesto que eres un cochino, vas á morir como un cerdo.

Y no se dió prisa, discutió con Cabasse y Ducat, para que el degüello se hiciera decentemente. Hasta tuvieron una disputa, porque Cabasse decía que en su país, en Provenza, se degollaban los cerdos colgados con la cabeza abajo, mientras que Ducat se incomodó, indignado, diciendo que aquel método era bárbaro é incómodo.

—Acercadle al borde de la mesa, encima del cubo, para que no caigan gotas de sangre.

Le acercaron y Sambuc empezó tranquilamente la operación. De una cuchillada abrió la garganta Goliath. En seguida empezó á chorrear la sangre en el cubo, cayendo como si fuera el caño de una fuente. Había hecho la hendidura con mucho cuidado y saltaron muy pocas gotas de sangre fuera. Si fué más lenta la muerte, no notaron las convulsiones porque estaba sólidamente atado; y el cuerpo se quedó inmóvil. No hubo sacudida. No pudieron seguir la agonía sobre aquella cara desfigurada por el espanto, de donde se retiraba la sangre gota á gota, descolorida la piel. Y los ojos se enturbiaron y se apagaron.



—Oiga usted, Silvina, hará falta una esponja.

No contestó, los brazos cruzados contra el pecho, inconsciente, clavada en el suelo y la garganta oprimida, como si la rodeara una argolla. Miraba el cadáver. Después notó que Charlot estaba allí, colgado á sus faldas. Debía haberse despertado y haber abierto las puertas y nadie le vió entrar. ¿Cuánto tiempo llevaba allí escondido detrás de su madre? Miraba con gran curiosidad caer la sangre, la fuente roja que llenaba poco á poco el cubo. Aquello le divertía tal vez. Primero no debió darse cuenta de lo que era.

Después el espectáculo al que asistía le horrorizó, lanzó un grito.

—¡Oh, mamá, mamá, tengo miedo, llévame!

Y Silvina recibió una sacudida cuya violencia la estremeció. Era demasiado; el horror de la escena que había presenciado, se llevó aquella fuerza, aquella exaltación que la sostenía desde dos días. Volvió á ser mujer, empezó á llorar, tuvo un gesto de loca, cogiendo á Charlot y apretándolo contra su corazón. Se escapó con él aterrada, sin poder oír, sin poder ver más, con el único deseo de irse, de anonadarse en cualquier parte.

En aquel instante, Juan se decidió á abrir la puerta suavemente. Aunque los ruidos que oía no le inquietaban mucho, acabó por sorprenderse de la idas y venidas y del ruido de voces que oía. Y en su cuarto fué donde cayó Silvina, llorando, sacudida por tal crisis, que no pudo entender apenas sus palabras. Por último comprendió, vió á su vez la emboscada, el degüello, la madre de pie, el pequeño en sus faldas, en frente del padre degollado cuya sangre chorreaba, y quedó anonadado de angustia. ¡Ah! ¡la guerra, la atroz guerra! que cambiaba á todas aquellas gentes en animales feroces, que sembraba aquellos odios horribles, el hijo salpicado con la sangre del padre, perpetuando la

querella de las razas, creciendo más tarde, aborreciendo á toda la familia paterna, que tal vez iría á exterminar algún día! ¡Eran simientes asesinas para horribles cosechas!

Caída sobre una silla, cubriendo de besos á Charlot, que lloraba abrazado á Silvina, repetía siempre la misma frase de doloroso espanto.

—¡Ah! pobrecito, no dirán ahora que eres un prusiano... Pobrecito, no dirán ahora que eres un prusiano!

En aquel momento llegó el señor Fouchard. Había tocado á la puerta como amo y se decidieron á abrirle. Y, en verdad, no recibió una sorpresa agradable, al encontrar aquel muerto sobre su mesa y el cubo lleno de sangre. Naturalmente se enfureció.

—¡Canallas! ¿no podiais haber hecho en otra parte vuestra canallada? ¿Habéis tomado mi casa por un estercolero?

Después, como Sambuc explicaba las razones que tenía para obrar de ese modo, el viejo, al que el miedo empezaba á hacer palidecer, se incomodó más:

—¿Y qué quereis que haga con el muerto? ¿Creis que es cosa agradable matar á un hombre en mi casa y sin saber qué se va á hacer de él?... ¡Si entrase ahora una patrulla estaba arreglado! ¡A vosotros poco os importa! ¡Pero os aseguro que si no os lleváis el cadáver inmediatamente, tendréis que veros conmigo! Cogedle por los pies, por la cabeza, por donde queráis y que no quede aquí señal dentro de cinco minutos.

Sambuc obtuvo del señor Fouchard un saco, aunque á éste le doliese darlo. Lo escogió de entre los más rotos, diciendo que de todos modos era bastante bueno para un prusiano. Pero Cabasse y Ducat tuvieron que pasar muchas fatigas para meterle



dentro; el cuerpo era muy gordo y muy largo y los pies quedaron fuera.

Después le cargaron sobre la carretilla.

—¡Le aseguro á usted,—declaró Sambuc,—que vamos á echarle al Meuse!

—¡Pero tened cuidado, atadle dos piedras grandes para que no flote!

Y en la noche negra, sobre la nieve pálida, desapareció el pequeño cortejo, sin hacer más ruido que el que producía la carretilla.

Sambuc juró que había echado á Goliath al río atado con dos piedras. Pero el cuerpo flotó, los prusianos le descubrieron á los tres días en Pont Mau-gis; y su furor no tuvo límites, cuando retiraron el cuerpo de aquel hombre degollado, como un cerdo. Debieron hablar demasiado los vecinos de Reimilly, porque fueron á apresar al alcalde y al señor Fouchard, como culpables de apoyar á los voluntarios á los que se acusaba de aquel asesinato. Y el señor Fouchard en aquella ocasión estuvo admirable, con su impasibilidad de viejo aldeano, conociendo la fuerza invencible del silencio y de la sangre fría. Se dejó llevar, sin hacer manifestación alguna de asombro, sin pedir explicaciones. Ya se veía lo que pasaba. En el pueblo se decía en voz baja, que había ganado una fortuna con los prusianos, y que había ido enterrando el dinero poco á poco, á medida que lo ganaba.

Cuando Enriqueta conoció todo lo ocurrido, volvió á estar intranquila. Juan, por temor de comprometer á los que le habían dado albergue, quería marcharse, aunque el doctor decía se encontraba demasiado débil y deseaba que aguardase quince días más, apenado también por la idea de una separación. Cuando fué detenido el señor Fouchard, pudo librarse escondiéndose en el pajar, pero podían cogerle de un momento á otro. Además, Enriqueta estaba muy preocupada con lo que pudiera

ocurrirle á su tío. Se decidió ir á Sedán para ver á Delaherche, en cuya casa estaba alojado un oficial muy influyente.

—Cuide usted bien al enfermo, Silvina,—dijo al marcharse;—déle usted el caldo al mediodía y la medicina á las cuatro.

Silvina, entregada á sus ocupaciones habituales, había vuelto á ser la mujer de siempre, trabajadora y sumisa, dirigiendo los trabajos en ausencia del amo, mientras que Charlot brincaba y reía á su lado.

—No tenga usted cuidado, señora; no le faltará nada. Yo me encargo de cuidarle.

## VI

En Sedan, en la calle Maqua, en casa de los Delaherche, había vuelto á normalizarse la vida, después de las terribles sacudidas de la batalla y de la capitulación, y pasaban los días, hacía cuatro meses, tristes, con la ocupación militar de los prusianos.

Un rincón de los vastos edificios de la fábrica permanecía cerrado, como inhabitado: era el cuarto que ocupaba el coronel de Vineuil. Mientras que las otras ventanas se abrían, dejando pasar el aire, el ruido, la vida, las de aquella habitación tenían las persianas constantemente cerradas muy herméticamente. El coronel se quejaba de la vista, pues la luz del día le hacía sufrir mucho, y no se sabía si mentía; día y noche tenía en su cuarto una lámpara. Durante dos largos meses permaneció en cama, aunque el médico Bouroche había diagnosticado que solo tenía una rozadura en la canilla: la herida no se cerraba, habían ocurrido muchas complicaciones. Ahora se levantaba, pero anonadado moralmente, sufriendo una enfermedad desconocida, y se pasaba los días echado sobre un canapé, delante de